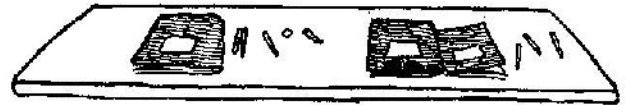


CONTENIDO



Título original en alemán:
SCHULGESCHICHTEN VOM FRANZ,
de Christine Nostlinger
Una publicación de Verlag Friedrich Oetinger.
Copyright © 1988 por Verlag Friedrich Oetinger.

Copyright © para Hispanoamérica
por Editorial Norma S.A.
A. A. 53550, Bogotá, Colombia.

Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio,
sin permiso escrito de la Editorial.

Primera reimpresión, 1990
Segunda reimpresión, 1991
Tercera reimpresión, 1992
Cuarta reimpresión, 1993
Quinta reimpresión, 1995
Sexta reimpresión, 1995
Séptima reimpresión, 1996
Octava reimpresión, 1996
Novena reimpresión, 1996
Décima reimpresión, 1997
Decimoprimer reimpresión, 1998
Decimosegunda reimpresión, 1998
Decimotercera reimpresión, 1998
Decimocuarta reimpresión, 1999
Decimoquinta reimpresión, 1999
Decimosexta reimpresión, 2000
Decimoséptima reimpresión, 2001
Decimooctava reimpresión, 2001
Decimonovena reimpresión, 2002
Vigesima reimpresión, 2004
Vigésimoprimer reimpresión, 2005

Impreso por Banco de Ideas Publicitarias Ltda.
Impreso en Colombia - Printed in Colombia
Diciembre de 2005

Dirección Editorial, María del Mar Ravassa
Edición, Lucía Borrero
Dirección de Arte, Mónica Bothe

ISBN: 958-04-1143-3

De por qué a Franz le dolió el estómago	9
De cómo Franz perdió a su peor enemigo	33



DE POR QUE A FRANZ LE DOLIO EL ESTOMAGO

Franz tiene siete años y está en primer grado de educación básica. Es el niño más pequeño de la escuela. Ni en el curso A ni en el curso B y ni siquiera en el curso C hay un niño más pequeño que Franz.

Esto le molesta mucho a Franz, pero desde que su papá le corta el pelo bien corto, todas las semanas, ya no lo confunden con una niña. Antes, esto le pasaba a cada momento, y no sólo le molestaba mucho sino que lo ponía rabioso y triste.

Franz tiene mamá, papá y un hermano mayor llamado Josef. También tiene una amiguita que se llama Gabi. Gabi tiene siete años y, al igual que Franz, está en primer grado, pero, lamentablemente, está en el curso A y Franz en el B. El sueño de Franz es sentarse en la escuela alguna vez al lado de Gabi. Cuando fue con su mamá a matricularse en la escuela, le dijo expresamente a la directora:

—Sabe, me gustaría mucho estar en el mismo curso que Gabi Gruber.

—No hay ningún problema, Franz —le contestó la directora—. Así lo vamos a hacer.

El primer día de clase había una lista de alumnos en la puerta de la escuela. Allí se indicaba a qué curso tenía que ir cada niño. Gabi Gruber estaba en el curso A, pero Franz Meier, en cambio, estaba en el B.

—Aquí hay un error —dijo la mamá de Franz—. Ven, hablemos con la directora. Verás cómo lo arreglamos.

Pero Franz estaba en ese momento peleado con Gabi y por eso le contestó:

—¡No! ¡No quiero estar junto a Gabi! ¡No y no!





—Después vas a lamentarlo mucho, cuando se te pase la rabia —le advirtió su mamá.

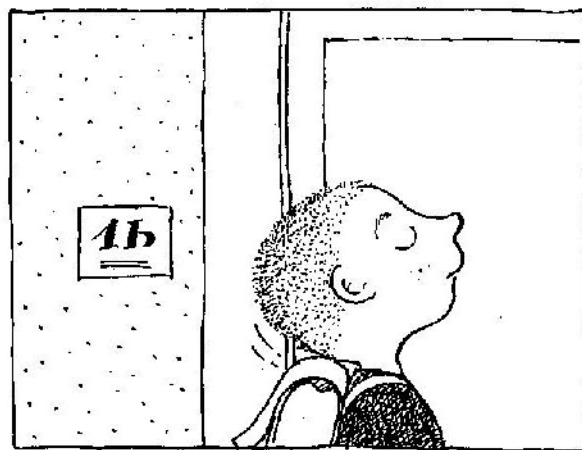
Pero Franz no quiso oír hablar más del asunto.

—¡Jamás en la vida estaré en la misma clase que Gabi! —dijo.

Tres días después, Franz y Gabi se hicieron de nuevo amigos, y Franz se puso muy triste porque no estaba en la clase de Gabi.

—¡Haz algo para que me cambien! —le pedía a su mamá, pero ésta negaba con la cabeza.

—Ya es muy tarde. Has debido pen-



sarlo bien el primer día y no dejarte llevar por un arrebató.

A Franz también le molestaban otras cosas en la escuela. Le costaba mucho trabajo aprender a escribir. Llevaba cuatro semanas intentándolo, y todavía no sabía escribir bien.

El maestro lo obligaba a seguir haciendo círculos grandes y pequeños, rayas largas y cortas, curvas altas y bajas, y esto aburría mucho a Franz. Además, al maestro ni siquiera le gustaban los círculos, las rayas o las curvas que Franz dibujaba.

—Esto está mal —le decía cuando

miraba su cuaderno. Y después, al mirar a Franz, agregaba—: ¡Sácate el dedo de la nariz! —porque a Franz le gustaba meterse el índice izquierdo en el hoyo derecho de la nariz.

A Franz no le gustaba nada su maestro.

—Ni siquiera sabe hablar correctamente —se quejaba Franz delante de su papá.

En realidad, el maestro de Franz tenía una manera muy especial de hablar. Sólo decía frases cortas:



«¡Siéntense!»

«¡De pie!»

«¡Cierren la boca!»

«¡Abran los cuadernos!»

«¡Abran los libros!»

Franz no estaba acostumbrado a que le hablaran así.

«Queridos niños, tengan la bondad de tomar asiento», lo encontraba mucho mejor.

«Por favor, pónganse de pie», le gustaba más.

«Para mí sería más agradable que se calmaran», le parecía mucho más amistoso.

«Ahora podríamos escribir algo en el cuaderno», lo encontraba más motivador.

«¿Desean leer un poco?», le era mucho más agradable.

—Tu maestro es verdaderamente un tipo zac zac —dijo un día el papá de Franz.

A Franz le gustó la palabra. Por eso, siempre llama Zac Zac al maestro.

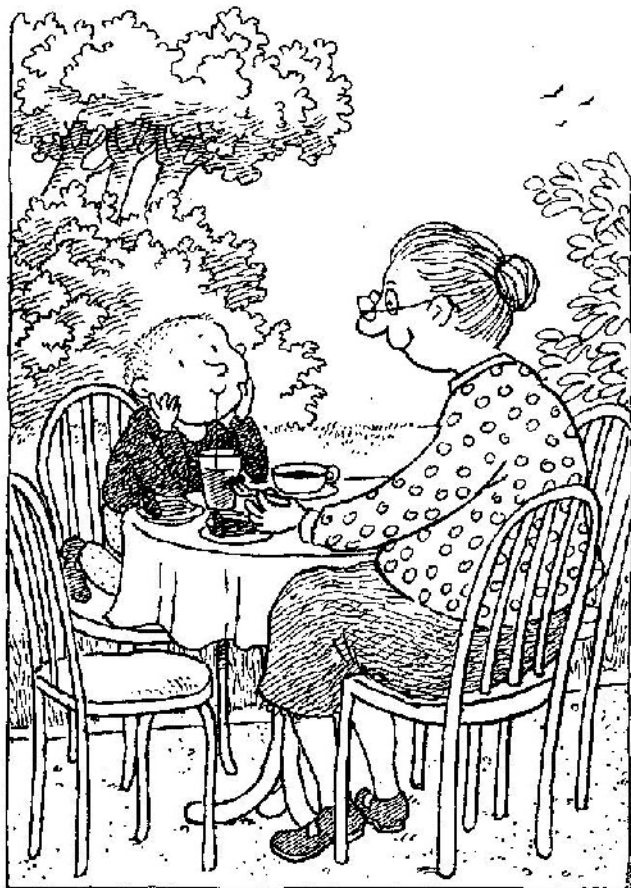
Una vez Franz fue a visitar a su abuelita. La abuela vive en un hogar de ancianos y Franz la visita todos los domingos. Ese domingo hacía buen tiempo y la abuela le dijo a Franz:

—Vamos al parque. Allí hay una cafetería y podemos beber algo. Me imagino que tienes sed y un poquitín de hambre.

La cafetería está en medio del parque del hogar de ancianos. Cuando hace buen tiempo sacan tres mesas al aire libre. Alrededor de cada mesa colocan cuatro sillas. Franz y su abue-

lita tomaron asiento en una de las tres mesas. La abuela pidió un jugo de frambuesa para Franz y una taza grande de café para ella. (En realidad, la abuela no debe beber café pues tiene la presión muy alta.) La abuela también pidió dos pedazos grandes de torta de chocolate. (En realidad, la abuela no debe comer torta de chocolate, pues tiene demasiada azúcar en la sangre.)

Franz bebió su jugo de frambuesa, comió su torta de chocolate y le contó a la abuela todas las novedades que sabía. Le informó que su mamá se había teñido el pelo de otro color. Le dijo que su papá había peleado con un vecino un poco tonto. Le contó que su hermano Josef estaba enamorado de la misma niña que su amigo Christian. Le contó que la mala de la señora Engel lo había regañado sin razón y de manera terrible, y naturalmente le habló de la escuela y del antipático Zac Zac. Exactamente cuando Franz



estaba imitando la manera de hablar de Zac Zac, se escuchó detrás de él una voz de hombre:

—Perdone, ¿están libres estas dos sillas?

—Sí, siga —le contestó la abuela.

Franz se dio vuelta. Detrás de él estaban Zac Zac y una señora de edad, más o menos de la edad de su abuelita. Franz se asustó mucho.

—¿Cómo te va, Franz? —le dijo el maestro, y tomó asiento. La señora de edad que estaba con él también se sentó.

—¿Usted conoce a mi nieto? —le preguntó la abuela de Franz.

—¡Soy su maestro!

—¡Ah, me alegra conocerlo, señor Zac Zac! —le dijo la abuela.

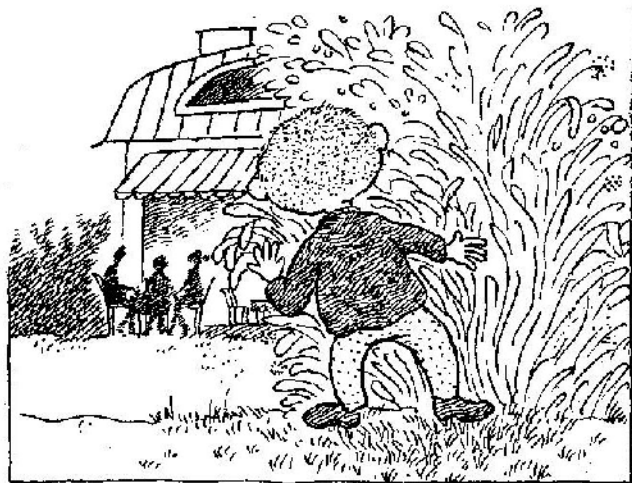
¡Cómo podía saber la pobre abuela que en realidad el apellido de su



maestro era Soboda! Franz le había hablado sólo de Zac Zac.

—¡Qué bien que nos hayamos encontrado, señor Zac Zac! —comenzó a decir la abuela.

Franz no escuchó más. Agarró los restos de la torta y huyó con ellos. Estaba colorado hasta las orejas. Tomó un caminito de arena y corrió y corrió hasta que se escondió detrás de una enorme planta. Desde allí, se puso a observar la mesa en la cafetería. Vio que su abuela hablaba sin parar. El maestro no tenía ocasión de



decir palabra. Esto no era raro, pensó Franz. Cuando la abuela comenzaba a hablar, nadie podía pararla. No aceptaba interrupciones. Claro, la abuela siempre decía cosas razonables. Sólo que no era nada amable. Mucha gente se ofendía con lo que ella decía, y Franz no hallaba muy inteligente ofender a Zac Zac.

«¡Dios mío!», rogó entre dientes, «por favor, ¡haz que mi abuela no le diga tonterías!»

«¡Querido Jesús!», murmuró, «¡permite que mi abuela no haga el ridículo!»

«¡Virgen Santa!», dijo en voz baja, «¡haz que mi abuela sea simpática!»

Hasta aquí llegó Franz. Más no podía hacer para que las cosas se desarrollaran de la mejor manera.

Casi media hora estuvo Franz escondido detrás de la mata. Por fin, el maestro y la señora de edad se pusieron de pie. Franz vio cómo le dieron la mano a la abuela. Luego caminaron

por el sendero en dirección a la mata que ocultaba a Franz.

—Ella tiene razón. Tú hablas realmente como el comandante de un regimiento —decía la señora de edad.

Estaban parados delante de la mata.

—¡Si me hablas a mí así, a tu propia madre, con ese tono espantoso! —continuó la señora.

Dicho esto, la señora volvió a caminar. El maestro balbuceó detrás de ella:

—Pero, madre...

Esto fue todo lo que alcanzó a escuchar Franz antes de que se pusiera a



ladrar un perro y antes de que el maestro y su mamá se perdieran en la vuelta del sendero.

Franz saltó de su escondite y corrió hacia donde estaba su abuela. La abuela lo miró con expresión satisfecha.

—¿Qué le dijiste? —le preguntó con voz de pito.

Siempre que Franz estaba nervioso, se le ponía la voz muy aguda, como de pito.

—Le dije la verdad —le contestó la abuela muy tranquila.

—¿Qué verdad?

—Hay una sola verdad. Que no se llama Zac Zac. El maestro se llama Soboda. ¡Qué ocurrencia ponerle ese sobrenombre!

—Bueno, pero dime cuál es la verdad —le pidió Franz con voz de pito y muy impaciente.

—Muy simple. Le dije que no debía seguir siendo zac zac. Le dije que los niños no son soldados, y que un maestro no es un general de cinco estrellas —la abuela miró a Franz con cariño, y agregó—: Esto te ayudará, ¿no es cierto?

—Claro que sí, pero esas cosas no se le pueden decir tan fácilmente a un maestro.

—¿Por qué no? —le preguntó la abuela.

—Porque es el maestro —le contestó Franz. No podía explicarlo mejor.

—Escucha, Franz. Ese maestro es un joven con poca experiencia, y yo, por el contrario, soy una señora vieja

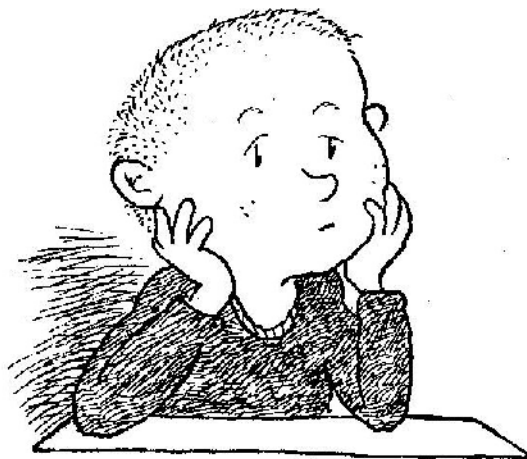
y con mucha experiencia. Tiene que agradecerme que le haya dicho la verdad.

—Tienes razón —murmuró Franz. A la abuela no se le podía discutir, porque se exaltaba, y eso, para su presión, era peor que una taza de café.

El lunes por la mañana Franz amaneció con un fuerte dolor de estómago. Un verdadero dolor de estómago con retorcijones y ruidos intestinales.

—¡Ay, mamá! Me duele mucho el estómago y creo que es de puro miedo.

—¿Por lo de la abuela y Zac Zac?



Franz dijo que sí con la cabeza.

—Si quieres, puedo acompañarte a la escuela y hablar con Zac Zac —le dijo la mamá.

Franz dijo que no con la cabeza. Primero que todo, si su mamá lo acompañaba a la escuela, llegaría demasiado tarde a la oficina. Segundo, su mamá iba a defender la verdad a toda costa, y Franz tenía miedo de que a pesar de su buena voluntad, echara a perder todavía más las cosas.

—¡Pero si tú eres muy valiente! —exclamó el papá, mientras lo palmo-teaba tan fuerte en la espalda que casi lo hace caer al suelo.

—Y si se pone difícil contigo —le aconsejó Josef— dile que tú no tienes la culpa de lo que dice tu abuelita arteriosclerótica.

—¡Mi abuela no es arteriosclerótica! —le contestó Franz indignado.

—Claro que no. Eso ya lo sabemos nosotros, pero Zac Zac no lo sabe —dijo Josef.



—¡Para ustedes es muy fácil hablar! —murmuró Franz echándose el malletín a la espalda y saliendo rumbo a la escuela. Prefirió dejar en casa el bocadillo para el recreo. Con seme-

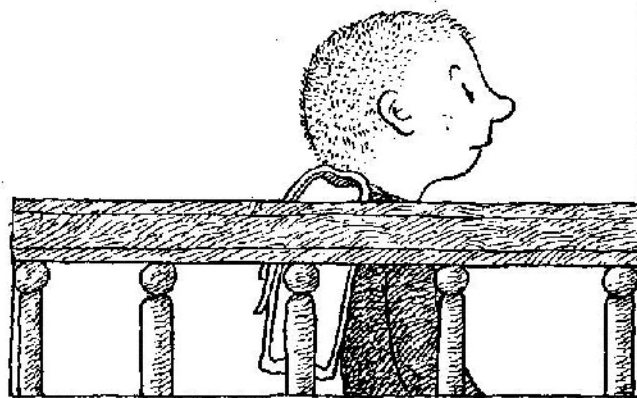
jante dolor de estómago, causado por el miedo, ¿quién iba a tener ganas de comerse un bocadillo a la hora del recreo?

Gabi lo estaba esperando en la escalera.

—¿Problemas?

—¡Grandes problemas! —le respondió Franz.

Gabi y Franz caminaron en silencio hacia la escuela, tomados de la mano. Esto consolaba algo a Franz. Al llegar a la puerta del curso B, Gabi le dijo en voz baja: «¡Suerte!». Franz sonrió y entró en el salón. Se sentó en su puesto, sacó sus útiles escolares y los

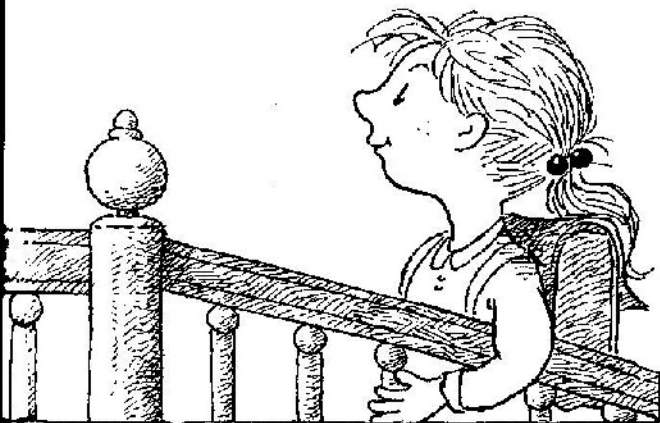


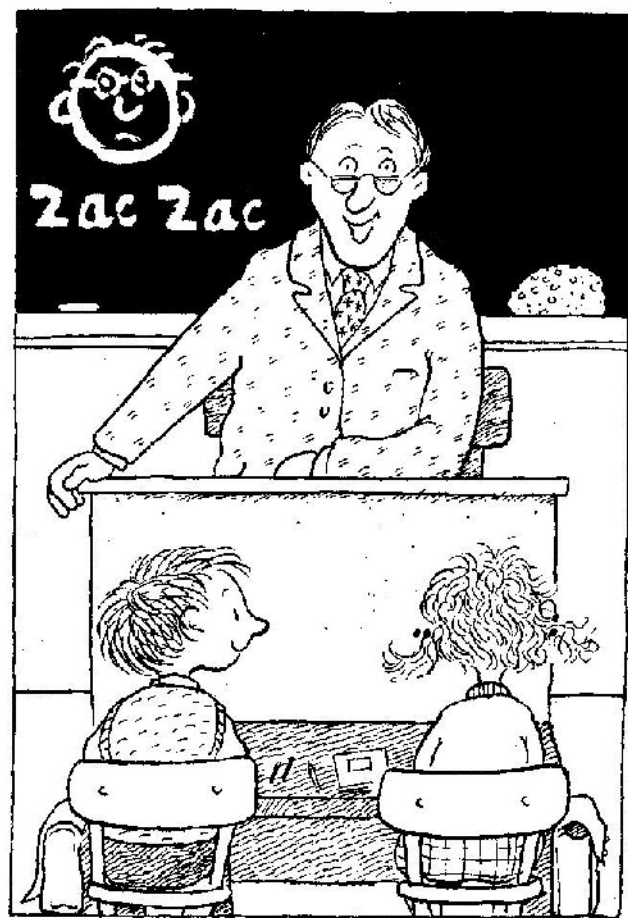
puso sobre la mesa. Disimuladamente miró hacia la mesa del maestro. Zac Zac leía el diario y siguió leyéndolo hasta que sonó la campanilla de las ocho. Entonces, dejó el periódico a un lado. Todos los niños se pusieron de pie muy derechos. Zac Zac los saludó con un movimiento de cabeza. Miró a Franz y les dijo:

—Tomen asiento, queridos niños. Los niños tomaron asiento.

—¿Ha dicho «queridos niños»? —le preguntó Nicolás a Edith.

—¿Por qué estará hoy tan simpático? —le preguntó Edith a Hans.





—Quizás se ganó la lotería —le susurró Hans a Xavier.

—Queridos niños —continuó Zac Zac—: Sería más agradable para todos que se calmaran un poco.

Cuando los niños se calmaron, les preguntó:

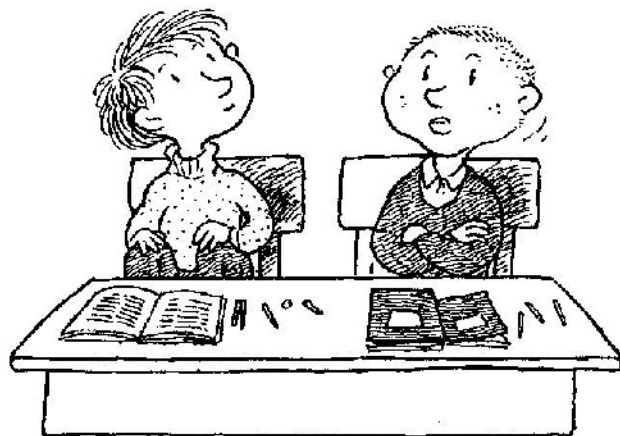
—¿Quieren leer o prefieren escribir algo en sus cuadernos?

Los niños prefirieron leer y tomaron sus abecedarios, salvo Franz, que se quedó mirando a Zac Zac con la boca abierta.

—Franz, saluda a tu querida abuelita de mi parte —le dijo Zac Zac.

Entonces, Franz se puso de pie, y a su vez le dijo:

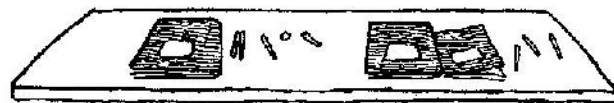
—Salude usted a su querida madre de mi parte, señor Soboda —y sonrió aliviado. Zac Zac también sonrió.



En el recreo, los niños, que no habían entendido nada, le preguntaron a Franz qué significaban tantos saludos y sonrisas. Franz, sin embargo, pensó que era mejor guardar el secreto y no les contestó nada.



Zac Zac



DE COMO FRANZ PERDIO A SU PEOR ENEMIGO

Franz tenía un enemigo en su curso. Se llamaba Daniel Eberhard. Franz no le había hecho nada a Daniel Eberhard, pero Daniel Eberhard había molestado a Franz desde el primer día de clase.

Daniel Eberhard es muy grande y muy gordo, y parecía estar muy orgulloso de ser grande y gordo. Y, por supuesto, creía que podía divertirse a costillas de los niños pequeños y delgados.

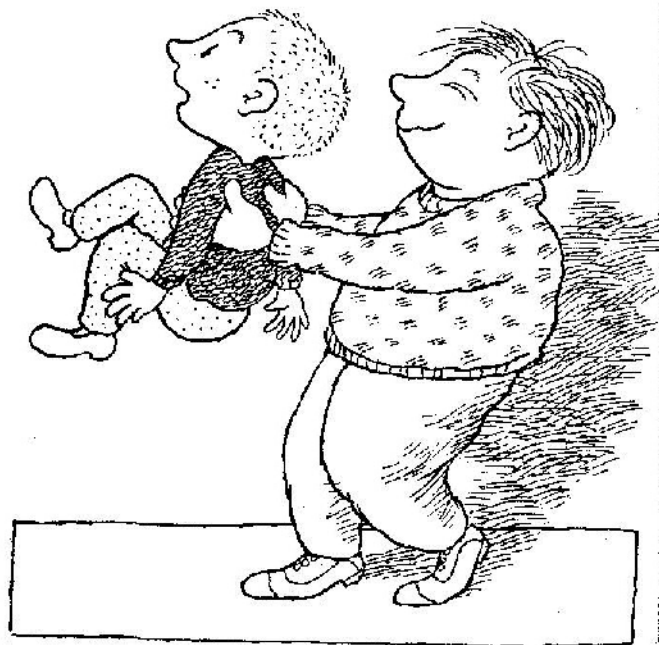
—¿Qué haces tú aquí, en la escuela?

¡Deberías estar en el jardín infantil!
—le dijo a Franz el primer día de
clase.

—¡No te hagas delante mío! Eres
tan chico que puedo aplastarte sin
darme cuenta —le dijo el segundo día
de clase.

El tercer día, lo levantó y lo dejó
pataleando en el aire.

El cuarto día, le quitó el bocadillo
que Franz siempre se comía en el re-



creo largo. Pero no se lo quitó porque
quisiera comérselo, sino ¡sólo para
molestar a Franz!

Daniel Eberhard le puso a Franz el
bocadillo delante de la nariz y le di-
jo:

—¡A ver! ¡Agárralo! ¡Agárralo, ena-
no!

Y cuando Franz trató de alcanzarlo,
Daniel Eberhard levantó rápidamente
el brazo. Luego lo bajó y volvió a
decirle:

—¡A ver! ¡A que no puedes aga-
rrarlo, enano! —y volvió a levantar el
brazo cuando Franz intentó tomar el
bocadillo. Llegó un momento en que
Franz se aburrió, no pudo más y le
gritó:

—¡Quédate con mi bocadillo! Total,
¡un gordo como tú necesita seguir en-
gordando!

Entonces, Daniel Eberhard abrió el
bocadillo, se comió la rica salchicha
que había adentro y le pegó en la cara
a Franz los dos pedazos de pan con

mantequilla del bocadillo. Un pedazo se lo pegó en la mejilla izquierda y el otro en la mejilla derecha.

Cada día se le ocurría otra maldad para molestar a Franz.

—¡Díselo a Zac Zac! —le aconsejaba Gabi, pero ése no era un buen consejo, porque a Franz no le gustaba ser un acusetas.



—¡Pégale una bofetada! —le aconsejaba el papá, pero éste tampoco era un buen consejo, porque el niño más chico de la clase no puede noquear al más grande y fuerte de la misma clase.

—¡Haz como si no existiera! —le aconsejaba su mamá. Mas éste tampoco era un buen consejo, porque si Franz hacía como si Daniel Eberhard no existiera, Daniel Eberhard sí que se encargaría de hacerle sentir que él sí existía. ¡Y cómo!

Daniel Eberhard quería divertirse a costa de Franz, y lo iba a seguir haciendo, cualquiera que fuera la reacción de Franz.

—Dile: «¡Déjame o tendrás que vértelas con mi hermano mayor! ¡Te dará una paliza que recordarás toda tu vida!» —le aconsejaba Josef. Como Josef es una cabeza más grande que Daniel Eberhard y también es más fuerte, este consejo le parecía más razonable a Franz. Sin embargo, vién-



dolo bien, Franz tampoco podía seguir ese consejo, porque siempre que necesita que Josef lo ayude, éste no está:

En la mañana, mientras Franz camina hacia la escuela, Josef no está porque viaja en bus. Durante los recreos tampoco está. Y a la salida de la escuela tampoco puede acompañarlo a casa, porque todavía no es su hora de salida. Los alumnos mayores tienen más horas de clase que los alumnos de primer grado.

Finalmente, Josef tampoco podía ir a casa de Daniel Eberhard en la tarde, especialmente para pegarle.

Por todas estas razones Franz prefería no amenazar a Daniel Eberhard con su hermano mayor. Es claro que un hermano mayor, por más grande y fuerte que sea, si nunca aparece, no podía asustar a ningún Daniel Eberhard.

El último recurso de Franz era Lily. Lily estudia en la universidad y cuida a Franz todas las tardes. Está con él hasta que la mamá de Franz vuelve de su trabajo. A Lily no le gustaba nada que Franz volviera a casa triste y, a veces, hasta llorando. ¡Y todo por culpa del tal Daniel Eberhard!



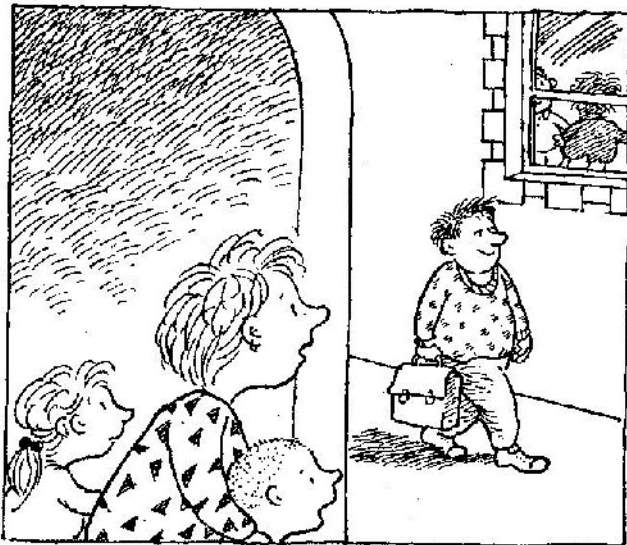
—¡Ese cachalote no puede seguir aterrorizándote! ¡Tenemos que planear algo, chico!

Lily le decía siempre «chico» a Franz, pero no lo decía con mala intención.

—Contra Eberhard ¡no hay nada que hacer! —decía Franz.

—La cosa se está poniendo interesante —le dijo Lily un día—. Te juro que se me ocurrirá algo. ¡Vas a ver!

—Sí, por favor —le dijo Franz—. Mira que ya no aguanto más.



Un día, al salir de la escuela, Franz tuvo la sorpresa de ver que Lily lo estaba esperando.

—¿Por qué me vienes a buscar? —le preguntó sobresaltado.

—Porque quiero saber quién es Daniel Eberhard.

Entretanto, Gabi había salido también de la escuela. Señaló con el dedo la puerta de la escuela y le dijo a Lily:

—¡Mira! Ahí viene Daniel Eberhard. Es el del pantalón verde, el de la nariz de melón.

—Entonces, ¡a la carga! —exclamó Lily, y se dirigió al encuentro de Daniel Eberhard. Franz y Gabi no la siguieron.

—¿Le irá a pegar? —preguntó Gabi.

—Seguramente —contestó Franz, pero no sabía muy bien si alegrarse o no.

Mas Lily estaba hablando amigablemente con Daniel.

Le decía:

—Yo soy Lily. Franz me ha dicho

que tú eres muy grande y muy fuerte, y a mí me gustan los muchachos grandes y fuertes, como tú. ¿No te gustaría visitarnos hoy en la tarde? Tenemos una caja de Coca Cola y un rico pastel de ciruela. Y si quieres, te ayudo a hacer las tareas. Soy muy buena para el dibujo y tengo muy buena caligrafía.

Daniel abrió mucho los ojos, pero no dijo nada.

—Bueno, piénsalo. Vivimos en la Calle Independencia, número 101. Te esperamos allá. Chao.



Dicho esto, se dirigió hacia Franz y Gabi, que la esperaban en la esquina.

—¡Jamás va a ir a mi casa! —opinó Franz.

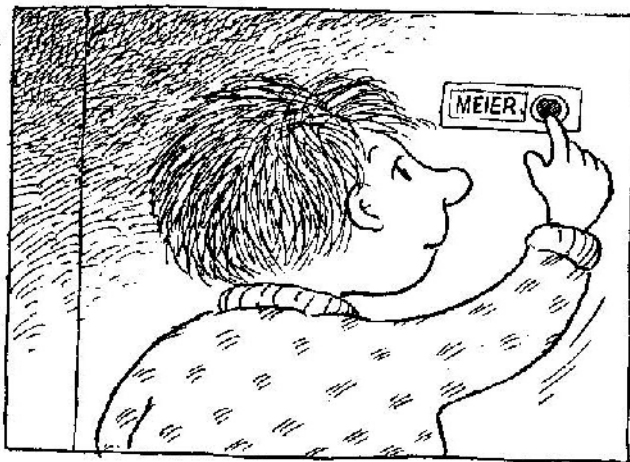
—¡Quizás quiera verme a mí! —insinuó Lily.

—Te apuesto a que no viene —le contestó Franz.

—¡Mejor no apuestes! —le advirtió Gabi—. Las apuestas también se pueden perder, ¡y a ti no te gusta perder!

Franz habría perdido la apuesta. A las tres en punto, esa tarde, Daniel





Eberhard estaba frente a la puerta de la casa de Franz, tocando el timbre.

—¿Ves, chico? A que no te esperabas esto, ¿verdad? —le dijo Lily, sonriendo—. Tenlo en cuenta: ningún hombre resiste mis encantos.

—¡Haz lo que quieras, pero no me metas a mí en esto! No me pidas ayuda —le contestó Franz malhumorado. No tenía ganas de compartir el pastel de ciruela con su mayor enemigo. Se fue a su alcoba y cerró de un portazo.

Lily se dirigió a la puerta de entrada y exclamó en voz alta:

—¡Ojalá sea mi querido Daniel!

—Soy yo —dijo Daniel Eberhard cuando Lily abrió la puerta.

Lily condujo a Daniel a la cocina y lo invitó a tomar asiento. Colocó delante de él, sobre la mesa, una bandeja con diez porciones de pastel, dos botellas de Coca Cola y dos vasos grandes. Se sentó junto a él y le dijo:

—¡Me alegro de que hayas venido!
¡Créeme!

Daniel tomó una porción de pastel, la que parecía más grande, se la llevó



a la boca y comenzó a mascar, mientras miraba a Lily algo sorprendido.

Franz no tenía ganas de comer pastel de ciruela con su enemigo, pero sí estaba interesado en saber de qué hablaba con Lily. Por eso, salió de su alcoba con mucho cuidado, se deslizó en silencio hasta la cocina y acercó la oreja a la puerta. Al principio sólo escuchó el chasquido de alguien que comía o devoraba algo sin parar.

«¡El muy cerdo! ¡Cómo come!», pensó Franz.

Después de un rato, escuchó que Lily decía:

—Querido Daniel, debes de estar sorprendido de que yo te haya invitado, ¿o no es así?

—Mmm... —dijo Daniel.

—Mira, lo que pasa es esto: Yo tenía un hermanito menor, tan dulce el pobre, lo más querido que tenía yo en la vida...

Mientras tanto, Franz pensaba: «¿De qué estará hablando Lily? Lo

único que tiene es una hermana mayor, de un mal genio espantoso. Y nada más». Franz conocía muy bien a la familia de Lily. «¿Y ahora qué estará inventando? Ella nunca habla así. ¡No es más que una mentirosa y una melosa!», pensaba Franz.

—...Y a mi pequeño y adorable hermanito se lo llevó la muerte hace un año...

«¡Se le fue la mano! Está mintiendo como contratada», pensó Franz.



—Y tú, Daniel, ¡eres tan parecido a mi hermanito! ¡Como un huevo a otro huevo!

«¡Ya basta!», pensó Franz. No quería seguir escuchando tantas mentiras. Ya le comenzaban a doler los oídos.

Franz salió de su casa y tocó a la puerta de la vecina, es decir, la mamá de Gabi.

—Y ahora ¿qué pasa? —le preguntó Gabi con curiosidad cuando le abrió. Franz le contó lo que había oído.

—¡No puede ser! —exclamó Gabi.

—¡Anda tú misma y escucha! —le dijo Franz—. Dejé abierta la puerta de mi casa.

—¡Voy a echar una mirada! —dijo Gabi, y partió hacia la casa de Franz.

Por su parte, Franz entró en la cocina de la casa de Gabi. La mamá de Gabi estaba ordenando los cubiertos que había sacado de la máquina de lavar platos. Franz se apoyó en el refrigerador.

—¿Cómo estás, Franz? Parece que no ha sido precisamente tu mejor día, ¿no? —le comentó la mamá de Gabi.

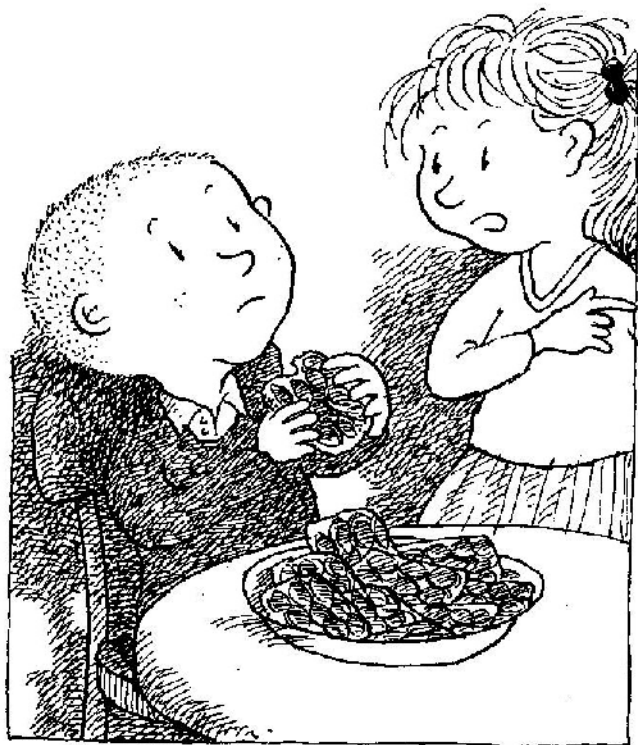
—Mi peor enemigo está en nuestra cocina y se está comiendo todo nuestro pastel de ciruela —le dijo Franz.

—¡Es el colmo! Lo mejor, entonces, es que tú comas de nuestro pastel de ciruela.

La mamá de Gabi sacó del refrigerador una bandeja con porciones de pastel de ciruela. Franz tomó una y luego otra y luego otra, y otra. Pensó un poco y tomó otra porción. Pensó también que había hecho un buen



cambio, porque en el pastel de la mamá de Gabi había el doble de ciruelas que en el pastel que en ese momento se estaba comiendo su peor enemigo, Daniel Eberhard. Y, claro, las ciruelas son lo más importante en el pastel de ciruela. Cuando Franz iba en la quinta porción, regresó Gabi.



—¡No te imaginas lo que pasó! Realmente ¡lo último! ¡Ahora han hecho un pacto de hermandad! ¡Hermandad del alma!

La mamá de Gabi movió la cabeza.

—¡Me parece espantoso que Lily haya llegado a eso con un enemigo de nuestro querido Franz!

—¡A mí también me parece espantoso!—dijo Gabi.

Franz no dijo nada. Simplemente no comprendía nada.

Franz y Gabi empezaron a ayudarlo a la mamá de Gabi a ordenar la cocina, y después le ayudaron a ordenar la repostería. Normalmente no ayudaban nunca en la limpieza de la cocina, pero Franz estaba tan exaltado y nervioso con lo que estaba pasando, que no tenía ningún deseo de jugar.

«¡Hasta cuándo va a seguir en mi casa!», se preguntaba Franz. Por fin escuchó el chirrido de la puerta de su casa. La puerta de la casa de Franz

siempre chirriaba cuando la abrían. El padre de Franz debiera haber aceitado los goznes hacía tiempo.

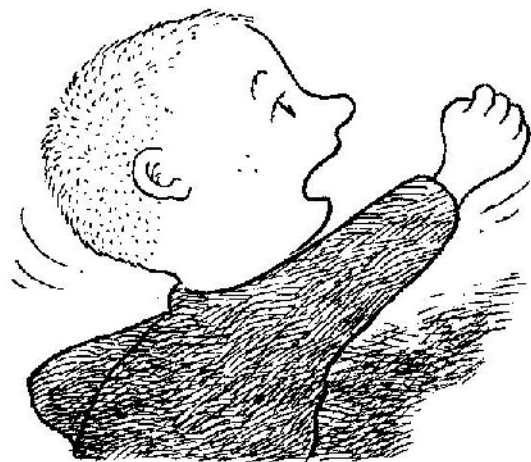
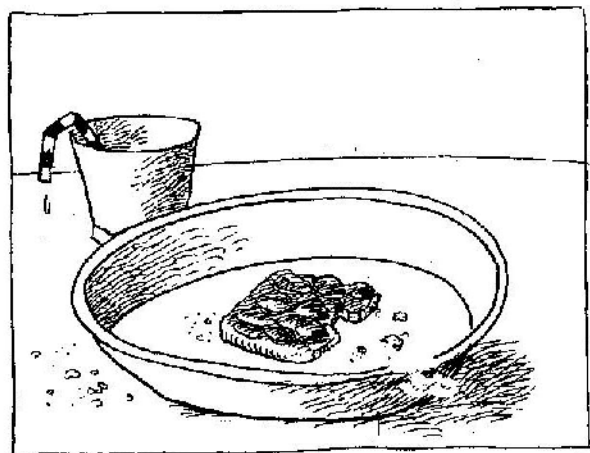
—¡Silencio! —dijo Franz.

La mamá de Gabi y Gabi contuvieron la respiración.

—¡Adiós, querido hermano! —oyeron que decía Lily.

—¡Adiós, querida hermana! —oyeron que decía Daniel.

Y enseguida escucharon el ruido de los pasos que se alejaban escalera abajo. Franz soltó el paño con que estaba limpiando un espejo y corrió a su casa.



—¡Lily!, ¡Lily! —gritó—. ¿Qué está pasando? ¿Cómo puedes hacer un pacto de hermandad con mi peor enemigo?

—¡Paciencia, chico! Paciencia... —le dijo Lily sonriendo misteriosamente. Y no quiso decir nada más.

Pero Franz no era capaz de quedarse tranquilo. Se hizo preguntas toda la tarde, y le preguntaba también a Lily:

—Lily, ¿por qué te inventaste un hermano?

O le preguntaba:

—¿Y esa otra mentira, Lily? ¿Por

qué tu hermano, que nunca existió, tiene que parecerse a Daniel Eberhard?

—Es lógico, chico —le dijo Lily—. Sólo así pude hacer el pacto de hermandad. Sólo así pudimos ser hermanos del alma.

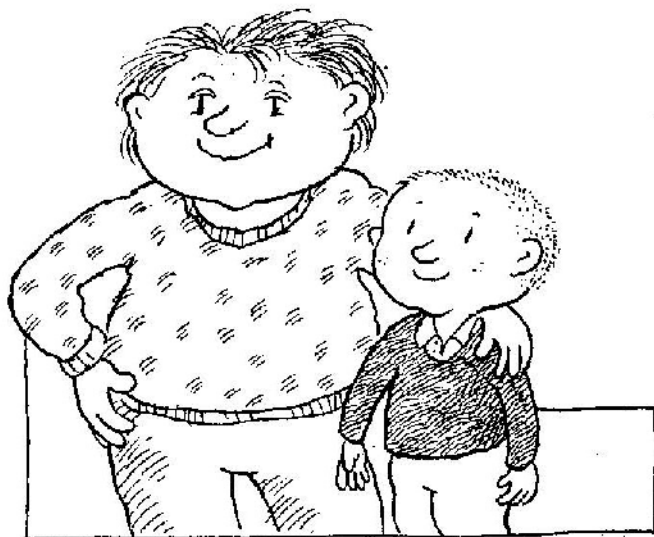
—¿Y por qué tienes que ser hermana del alma del pesado de Daniel Eberhard, mi peor enemigo?

Lily le volvió a decir simplemente que tuviera paciencia hasta el día siguiente. Y cuando llegó la mamá de Franz, se fue a su casa.

Al día siguiente, en la escuela, durante el recreo largo, Daniel Eberhard llamó a todos los compañeros de curso y les dijo:

—¡Atención, un momento de atención! Les anuncio que desde ahora Franz está bajo mi protección. El que le toque un pelo, ¡ése se las tendrá que ver conmigo!

Los niños se miraron unos a otros con la boca abierta. No sólo por el



cambio de Daniel Eberhard, ¡sino porque nunca le habían hecho nada a Franz!

—Mi hermana del alma trabaja en la casa de Franz —les siguió diciendo Daniel—. Y de ahora en adelante, todas las mañanas, en la escuela, Franz estará bajo mi protección.

A partir de entonces Daniel Eberhard no le hizo nada más a Franz, y Franz está feliz con la nueva situación. Mas toda felicidad tiene también su precio de amargura. En este caso,

un par de gotitas de amargura, nada más.

Dos veces por semana Daniel visita a Lily en la casa de Franz, pues Lily es su hermana del alma. Eso está bien, sólo que no queda ni una miga de pastel de ciruela o de cualquier otro pastel cuando Daniel abandona la casa de Franz. Afortunadamente, en la casa de Gabi siempre hay otro pastel, ¡y es mucho más rico!